

# Camafeos

Sobre algunas figuras excéntricas,  
desconcertantes o inadaptadas.

**Christian Ferrer**

Ediciones Godot | Colección Crítica

Christian Ferrer. Camafeos : sobre algunas figuras  
excéntricas, desconcertantes o inadaptadas . - 1a ed. -  
Buenos Aires : Ediciones Godot Argentina, 2013. ISBN  
978-987-1489-59-6 1. Ensayo Biográfico. CDD 920.03

Camafeos. Sobre algunas figuras excéntricas,  
desconcertantes o inadaptadas.

Christian Ferrer

Corrección

Gimena Riveros

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumián

Ediciones Godot

[www.edicionesgodot.com.ar](http://www.edicionesgodot.com.ar)

[info@edicionesgodot.com.ar](mailto:info@edicionesgodot.com.ar)

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Buenos Aires, Argentina, 2013

# HISTORIA REGIA Y ESPERPÉNTICA Y GESTA ESTRAMBÓTICA E INMORTAL: ORÉLIE ANTOINE I

## I

**E**l mundo era un lugar muy grande a mediados del siglo XIX. Todavía existían montañas invictas, tundras vírgenes, hielos inaccesibles, océanos poco conocidos. Cualquiera podía soñar con hacer pie en lo nunca visto, cualquiera podía imaginarse monarca coronado en tierras lejanas, río arriba, en selva recóndita, en valles apartados más allá del desierto, o bien mar de por medio, en un archipiélago aislado. Solo era preciso echar un vistazo al mapa y dar con los territorios menos poblados, las regiones más desprotegidas, los lugares donde nadie había plantado bandera aún. Eran tiempos de aventura y colonialismo. Todas las naciones de Europa estaban invitadas al reparto de *Orbis Tertius*, la tercera parte del mundo.

Durante cien años las potencias importantes habían hincado el diente en el África, en la península Índica, en el Lejano Oriente, y en las islas de la Polinesia, la Melanesia y la Micronesia. Casi no hubo sitio en la tierra que permaneciera a salvo de la codicia y el cañoneo. Solo las naciones de Latinoamérica lograron mantener su integridad y su autarquía, y a duras penas, pues intentos de pegarles el manotazo no escasearon. Sin embargo, Argentina y Chile no fueron la excepción a la regla imperial, también pretendieron dominio, o botín, sobre el sur del mundo, es decir la Araucanía y la Patagonia. Eran zonas no exploradas del

todo, abundantes en vientos y riquezas conjeturales, donde nadie vivía, a excepción de los tehuelches, los huilliches, los picunches, los pehuenches, los cuncos, los poyas, los nagches, los puelches, los mamulches, los ranqueles y los mapuches, un montón de naciones indígenas a las que nadie tomaba en cuenta y que ya comenzaban a padecer el hostigamiento de sus dos depredadores naturales, los argentinos y los chilenos. Fue por entonces que el francés Orélie Antoine de Tounens se apareció por allí.

Según su prontuario, Orélie Antoine medía un metro sesenta y ocho centímetros de altura, su cara era “grande y gorda”, tenía ojos “pardos”, cejas “negras”, nariz “afilada”, labios “delgados”, y el color de su piel era “blanco rosado”. Como seña particular, en el expediente judicial se indica que tenía “piernas torcidas”. Además, era melenuado. Había nacido en el año 1825 en la ciudad de Périgueux, en la Aquitania, y la etimología -Petrocorii- indica que en su origen allí había “cuatro tribus”. A pesar de que más adelante pretendió disponer de linaje, la verdad es que Orélie Antoine era descendiente de braseros y labradores. De joven fue gestor de trámites por cuenta de terceros pero sobre todo un ávido lector de libros de viajes, descubrimientos y exploraciones. Muchos años de trabajo rutinario le habían potenciado la inconformidad y la fantasía, de modo que el hombre se puso a soñar con imperios de ultramar. Un día cruzó el océano en un barco cuyo nombre era “La Plata”. Portaba consigo un plan secreto: transformarse en rey.

Y fue justamente en la ciudad de Viedma, ubicada en el noreste de la Patagonia, donde nació en 1937 otro hombre que un día soñaría con ese rey. Se llamaba Juan Fresán. Su padre, de origen vasco, tuvo librería y también se ocupaba de la venta de los chocolatines y otras golosinas en el cine del pueblo. Acerca del mundo en que transcurrió su infancia, Fresán dirá lo siguiente: “Yo soy patagónico, empezando por ahí. Es otro planeta, más parecido a la Luna

que al resto de la Argentina”. Es verdad, la gente del sur suele referirse a su lugar como “El Desierto”. Con respecto a su padre, dijo que era un hombre hosco y reservado. Recordaba haber hablado con él una sola vez en la vida. A los dieciocho Fresán rumbeó para Buenos Aires y más adelante también andará por Venezuela y por España.

## II

Orélie Antoine desembarcó en el puerto chileno de Coquimbo en agosto de 1858. Tenía 33 años y esa era la edad propicia, la de carne de sacrificio. Durante un tiempo anduvo de aquí para allá, conociendo el país, enterándose de cosas, madurando planes, y a fines de 1860 se internó en territorio araucano. Lo acompañaban un lenguaraz y dos comerciantes franceses que solían traficar vicios y baratijas con los indios y a los que había prometido elevar al rango de ministros una vez que él fuera nombrado rey. Así de sencillo. También ese fue el proceder de esos otros hombres endurecidos que se zambullían en el África inescrutable o en los misterios del Asia para emerger un tiempo después dueños de amplias extensiones de tierra en nombre de su reina o de su rey. Por cierto, Orélie Antoine acarrea en sus alforjas una bandera, un escudo, un himno y una constitución para su futuro reino. No, no puede decirse que él haya sido un improvisado.

Los araucanos eran gente brava. Durante trescientos años habían resistido el embate de incas, españoles y chilenos, enzarzándose en una serie de escaramuzas intermitentes cuya reiteración las hizo al fin ser conocidas bajo el nombre de “Guerra de Arauco”. Unos cuantos miles de conquistadores murieron. Varias decenas de miles de indígenas también. Pero a los araucanos nunca se los pudo sojuzgar del todo. Para 1860 el gobierno de Chile estaba dejando de lado la cautela en sus tratos con las tribus y

pretendía imponer la autoridad del Estado al sur del río Biobío, límite natural e histórico con los pueblos originarios. Había inquietud en toda la zona. Un fósforo, una cabeza caliente, podían encender la mecha del malón.

A Orélie Antoine los indios le prestaron alguna atención, a pesar de que no hablaba el “mapudungun”, la lengua araucana, y de que al castellano apenas si lo chapurreaba. Sus importantes palabras fueron traducidas por el lenguaraz, que encima no entendía el francés. Todo fue algo confuso. En cualquier caso los caciques araucanos le concedieron un tímido y ambiguo apoyo, quizás impresionados por su audacia, o porque parecía tomarlos en serio, aunque la verdad es que la palabra “rey” era desconocida entre ellos. A él le bastó con esa cauta aceptación.

### III

Juan Fresán viajó a Buenos Aires para estudiar leyes, pero no les dedicó mayor esfuerzo, dejándose llevar en cambio por la bohemia intelectual de la época. Compartió residencia con un amigo en una pensión próxima al microcentro. A poco de llegar, en junio de 1955, sucedió el bombardeo aéreo a la Casa de Gobierno, cuyo objetivo manifiesto era terminar con su morador, el general Juan Domingo Perón, pero la puntería de los aviadores fue más bien errática, sin dejar de acertarle a toda la extensión de la Plaza de Mayo, donde germinaron cadáveres, por cientos, en un santiamén. Fresán y su amigo se acercaron al lugar a curiosear y prestar auxilio a los heridos amontonados en la recova del Ministerio de Economía. Un rato después se unieron a una multitud que había tomado por asalto una armería de la Avenida de Mayo. Buscaban revólveres y escopetas para repeler a los aviones. Saliendo de la armería se toparon con un hombre que sostenía en las manos un juego completo de cubiertos de plata. El hombre blandió un tenedor y les dijo:

“¡Todo vale para defender a Perón!”. Cabe destacar que el primer libro escrito por el general Perón se titulaba *Toponimia patagónica de etimología araucana*. Curioso es que don Juan Manuel de Rosas, un antecesor suyo en el máximo cargo, y poco amigo de los indios, también haya preparado un diccionario de voces pampas.

## IV

El 17 de noviembre del año 1860 Orélie Antoine de Tounens emitió un decreto real proclamándose a sí mismo Rey de la Araucanía, adoptando de allí en más el nombre de Orélie Antoine I. Acto seguido envió una comunicación postal dirigida a Manuel Montt, presidente de Chile, anunciándole la buena nueva, noticia que el gobierno chileno decidió pasar por alto. Un rey sin ejército no supone problema alguno. Tres días después, mediante otro decreto, Orélie Antoine I se anexó la Patagonia argentina entera a sus dominios y anunció que su novísimo reino, la “Nouvelle France”, sería gobernado por una monarquía constitucional y hereditaria, a pesar de que, de momento, el rey era célibe. Su reino: miles y miles y miles de kilómetros cuadrados. A un lado, el Pacífico; al otro, el Atlántico; y más allá, en el extremo meridional, los mares antárticos y los hielos polares. Por un simple acto de proclamación Orélie Antoine se había convertido en el mandamás del sur del mundo. Lo mismo habían hecho los conquistadores españoles cuatrocientos años antes. Claro que ellos habían traído barcos de guerra y espadas filosas, además de una férrea determinación, que no era ajena a Orélie Antoine.

El nuevo rey ambicionaba lo máximo, aunar a todos los países de Sudamérica en una confederación monárquica, pero tuvo que avenirse a izar su bandera en medio de la nada. Los colores eran el verde, el azul y el blanco, los mismos de la bandera actual de la provincia patagónica

de Río Negro, por donde mucho anduvo el pretendiente francés, y cuya capital, Viedma, fue lugar de nacimiento de Juan Fresán. Como el rey era masón, un decreto suyo estipulaba que la enseñanza religiosa no sería obligatoria en el reino. Otro decreto real conminaba a los indios a quitarse el sombrero ante su augusta presencia. El siguiente paso consistía en organizar un ejército indígena para plantarles cara a los chilenos en el río Biobío.

Todo parecía ir a las mil maravillas. Suyo era el reino. Pero para entonces el gobierno de José Joaquín Pérez, el nuevo presidente chileno, manifestaba una creciente inquietud ante la posibilidad de una sedición de indios liderada por un maniático europeo. Entonces se enviaron instrucciones al comandante Don Cornelio Saavedra, que era nieto de Cornelio Saavedra, el presidente de la Primera Junta de Gobierno que tuvo la República Argentina en 1810. Este otro Cornelio, el nieto chileno, detentaba el cargo de “Intendente de Fronteras” y debía poner fin a la aventura de Orélie Antoine. Se ofreció una recompensa de 250 piastras a quien lograra ponerle las manos encima.

## V

En Buenos Aires el inquieto Juan Fresán dedicó sus días a perfeccionar el dibujo, que era su vocación auténtica. En esto, él fue autodidacta. Al cumplir veintiún años, apenas terminado el servicio militar obligatorio, puso rumbo al norte y recorrió buena parte del continente americano, ejerciendo los oficios de diagramador y de sereno de hotel. Luego dio un salto hacia Cuba, lugar adonde todos iban, porque una revolución había puesto las cosas patas para arriba y además el ambiente era de fiesta. En La Habana trabajó brevemente en Prensa Latina, la nueva agencia de noticias del gobierno de Fidel Castro, junto a los también argentinos Rodolfo Walsh y Jorge Masetti,

quienes años después morirían en combate. Pero lo suyo con Cuba no fue duradero. A los pocos meses regresó a Buenos Aires en un barco mercante llamado “El Flete-ro”, limpiando la cubierta.

“Vivir creativamente” era el lema de Juan Fresán y consiguió ser bastante fiel al mismo. Tuvo suerte: había adoptado el oficio de diseñador gráfico en el momento justo y en el lugar adecuado, los años de la década de 1960, cuando en el país se modernizaron las campañas publicitarias y la investigación de mercado. Se ocupó del diseño de *Tía Vicenta*, una publicación humorística y satírica, y de *La Hipotenusa*, un fugaz y extraño experimento ideológico y formal: “Humor para gente en serio”. Allí escribían el poeta y más adelante guerrillero Francisco “Paco” Urondo, asesinado durante la dictadura del general Videla, y el ensayista Arturo Jauretche, veterano insurrecto criollo contra los gobiernos conservadores de treinta años antes, y dibujaban Brascó, un *bon-vivant*, y Quino, siempre preocupado. Juan Fresán le concedió al cóctel una imagen modernísima: diseño pop, fotos quemadas, collage, y mucho blanco. En 1962 se casó con Norma y tuvieron dos hijos.

Amén de trabajos publicitarios, Fresán hizo libros de diseño. Uno de ellos es una “traducción” a imagen gráfica del cuento “Casa tomada”, de Julio Cortázar, mediante juegos tipográficos y ópticos que suscitaban en el lector la sensación de estar “tomado” por el relato. También preparó un libro sobre Jorge Luis Borges en el que descubrió, recortando y pegando, un octavo relato entre los siete de *Historia universal de la infamia*, dando por resultado la propia vida del escritor. A eso le puso el nombre de “bioautobiografía”. A Borges el asunto no le gustó ni medio y le espetó a Fresán: “Yo no soy ningún infame”. Hacia 1972 Juan Fresán abandonó la publicidad y el diseño gráfico. Ya en 1965, siguiendo una tendencia típica entre los publicitarios de su generación, había incursionado en el arte

cinematográfico con un cortometraje experimental en 16 milímetros titulado “Caperucita Rota”. Pero ahora quería más. Quería hacer cine, cine del grande.

## VI

Mucho antes, a comienzos de 1862, Orélie Antoine andaba recorriendo sus dominios y entablando tratativas con otras tribus araucanas. En uno de esos periplos se detuvo a la vera de un río en busca de frescor, dejándose caer bajo un sauce. Algunas personas lo miraban, pero él pensó que era por mera curiosidad. Se tenía confianza, los planes marchaban como los había previsto, ya casi avizoraba el momento en que todas las casas reales del mundo lo recibirían con pompa y fanfarria. No había estado ni tres minutos en reposo cuando sintió que alguien lo inmovilizaba por la espalda y que otro lo tomaba de los brazos y que los demás lo amenazaban enarbolando armas de fuego. Les preguntó con calma si querían darle muerte. “No”, se le contestó, “no se mueva y no le será hecho ningún mal”. No se imaginaba que había sido traicionado por su lenguaraz y aun menos que iba a ser entregado a un destacamento militar chileno.

Había sido atrapado por Don Cornelio Saavedra. En 1810, el otro Cornelio Saavedra, el abuelo argentino, había echado de Buenos Aires al último virrey de España. Tanto después, el nieto chileno le echaba mano a otro rey, esta vez de pacotilla. Pues bien, Orélie Antoine I, el rey, ahora era reo. Había sido destronado. Las cosas no pintaban nada bien. Los chilenos eran gente que se tomaba todo muy en serio. Lo encerraron en la cárcel del pueblo de Los Ángeles durante nueve meses. En el sumario judicial consta que las autoridades le preguntaron por su empleo actual y que Orélie Antoine respondió “Rey de la Araucanía”. Pero tan alto cargo no impresionó mucho al fiscal a cargo de la acusación, quien solicitó al juez la aplicación de la pena de muerte en el patíbulo.

Mientras tanto la prensa chilena lo escarnecía por “farsante”, los médicos le diagnosticaban “monomanía”, y el representante consular de Francia lo menospreciaba alegando en su favor que él, Orélie Antoine, “tenía un cerebro enfermo”. Al final decidieron recluirlo en la Casa de Orates de Santiago de Chile, es decir el loquero, una humillación de la que fue salvado por la oportuna intervención de Henri Nicolás Scivole, Vizconde de Cazotte, el cónsul, que logró repatriarlo. En octubre de 1862 un barco de bandera francesa lo condujo hasta su patria natal, previa escala en las Islas Malvinas.

No por ello Orélie Antoine se declaró vencido, nada de eso. Cinco años más tarde volvería al cono sur para intentar reconquistar su reino, esta vez por el lado argentino, justamente la zona de Viedma, la ciudad de Juan Fresán, el lugar en que, siendo un niño, escuchó por primera vez mencionar el nombre del frustrado rey francés de los araucanos. Para ese entonces la vieja anécdota del siglo anterior se había transformado en leyenda regional que algunos transmitían de boca en boca. Es el tipo de historia que, una vez escuchada, se hace difícil desentenderse de ella. Ya de grande Fresán se propuso hacer una película en honor de su majestad, una “superproducción histórica subdesarrollada”, lo que ya es toda una definición de estilo. Su plan era mezclar épocas: la aventura de Orélie Antoine, el exterminio de los aborígenes patagónicos, la búsqueda de la mítica Ciudad Encantada de los Césares, supuestamente enchapada en oro, y también una entrevista que Tomás Eloy Martínez, un joven periodista con renombre, le haría en París al actual heredero del trono.

## VII

En el destierro francés, cumplido entre 1862 y 1869, Orélie Antoine no se quedó de brazos cruzados. Editó *La Corona de Acero*, subtítulo “Diario Oficial de la Araucanía”, con el fin de promocionar su causa, y además lanzó

un manifiesto tras otro, fatigó al senado de Francia con sucesivas peticiones, distribuyó miles de panfletos por vía postal, hizo giras de propaganda, y al fin solicitó ayuda al Ministerio de Relaciones Exteriores. Orélie Antoine era incansable. Pero nada logró. Con el tiempo el rey se fue convirtiendo en una curiosidad pública, por momentos en objeto de burla. Encima, en 1865, fue excomulgado por el Papa Pío IX, o Pío Nono, por causa de su antigua afiliación a la masonería. No solo a él, pues ese Papa, que era conde, también anatematizó a los liberales, los comunistas, los panteístas, los indiferentistas, los latitudinaristas y los miembros de las sociedades secretas en general. Todo quedó asentado en el *Syllabus errorum*, apéndice a una encíclica suya.

A Orélie Antoine le interesaba una sola cosa: retornar a su reino perdido. Lo logró en marzo de 1869, llegando hasta Buenos Aires y dirigiéndose a San Antonio, un puerto sureño. De allí cabalgó hasta Choele-Choel, una toltería indígena cuya traducción significa “espantajo de resaca”, ubicada en la actual provincia de Río Negro y donde más adelante nacería el escritor y revolucionario Rodolfo Walsh, a quien Fresán conocería durante su breve estadía en la Cuba revolucionaria. Pero el rey llegó acompañado por la mala suerte, puesto que los indios del lugar le dieron una paliza. Ni idea tenían de quién era él. De ese furor lo salvó la oportuna intervención de un indio recién llegado que sí había escuchado hablar de la monarquía arauco-patagónica. Entonces Orélie Antoine reinició el viaje y se apareció por Chile, pero, acosado por el ejército del vecino país, volvió a cruzar la cordillera en sentido inverso y no se detuvo hasta llegar al puerto de Bahía Blanca, sobre el litoral Atlántico. En julio de 1871 el barco *Patagones* lo desembarcó en Buenos Aires, donde solicitó una entrevista con Domingo Faustino Sarmiento, que era el presidente de la nación, y que no le fue concedida. El rey retornó a Francia.

## VIII

Cien años después, en el verano de 1972, Juan Fresán emprendió el viaje a Viedma para comenzar la filmación. Le hacían compañía un director de fotografía llamado Carlos Sorín, un guionista, Jorge Goldemberg, y una troupe de seguidores. Eran todos jóvenes despreocupados e iban en plan de aventura y saturnalia. Ninguno se daba cuenta de que Fresán había devenido en un místico del rey, quizás desde que leyera la única biografía de Orélie Antoine I existente por entonces, escrita tres décadas antes por el estanciero Armando Braun Menéndez, uno de los hombres más ricos de la Patagonia. Unos días antes del inicio del rodaje la financiación prometida por unos productores franceses se reveló inexistente, pero Fresán no se dejó arredrar e insistió en hacer la película. Contaba con el apoyo de la gente del lugar, orgullosa de ser copartícipe de un hecho cinematográfico.

El rodaje no fue fácil, en buena medida porque la mayor parte del elenco consistía de actores no profesionales. El papel de Orélie Antoine estaba a cargo de un hippie de Plaza Francia, lugar de reunión habitual de los contraculturales en la Buenos Aires de fines de los años '60. La primera escena, filmada en la playa, muestra a un grupo de conquistadores españoles, yelmo en testa y espada en mano, cargando contra una manada de pingüinos. No estaba nada mal. Y cuando tocó escenificar la dorada Ciudad de los Césares que los españoles buscaron por años y años sin encontrarla jamás, Fresán llevó las cámaras hasta el lugar donde se estaba construyendo la gigantesca represa El Chocón-Cerros Colorados, de por sí una muy publicitada gesta de la Argentina desarrollista, y la filmó con obreros y todo. Eso le daba a la película un aire retrofuturista, por decirlo así. También cabe considerarla una última y rara estribación del género gauchesco, algo

zen, con toques psicodélicos. Todo parecía muy “original”, como se suponía que debían de ser las cosas en la excitante década de 1960.

La película estaba muy cuidada gráficamente. El horizonte siempre en el medio; el cielo y la tierra por partes iguales; los actores entraban y salían por el centro de la pantalla. Fresán tenía un material espléndido y faltaban apenas algunos días más de filmación, pero la función se suspendió. El dinero se había acabado y hubo conflictos internos. Además, un apoyo económico concedido por el gobierno de la provincia de Río Negro se frustró malamente. Se cuenta que justo en ese momento se estaba sustentando el concurso provincial de belleza, cuya ganadora iría a competir más luego por la corona de Miss Argentina. Y resultó que en la noche de la elección uno de los actores, Bernardino Rivadavia, descendiente del primer presidente que tuvo la República Argentina, de igual nombre, logró seducir al novio de la nueva Miss Río Negro. La chica armó un escándalo y el gobernador, muy fastidiado, allí mismo y en el acto les escamoteó el subsidio.

## IX

En su segundo destierro francés, transcurrido entre 1871 y 1874, Orélie Antoine siguió reclamando su derecho a gobernar la Araucanía y la Patagonia. El hombre era teñaz, no se iba a quedar quieto. Por lo pronto editó un nuevo periódico, *Le Pendu*, es decir “El Ahorcado”, sin suerte alguna. Y como de algo hay que vivir, puesto que hasta los reyes deben almorzar, merendar y cenar, Orélie Antoine I se dedicó a vender títulos nobiliarios, abstractos, sin valor efectivo. Existieron: la Condesa de Choele-Choel, el Duque de Charrabal, el Barón de Belgrano, el Conde de Aguasanta, el Barón de Carhué y el Príncipe de Maurocordato. Una aristocracia de castillos erigidos en el aire.

Orélie Antoine también fundó una Academia de Altos Estudios Araucanos. Otras propuestas suyas fueron aun más insólitas. Por ejemplo, escribió un folleto para promocionar un método de invención personal que supuestamente neutralizaba el efecto de los proyectiles salidos de revólveres y fusiles. Y en 1872, al año siguiente del aplastamiento de la Comuna de París, avisó a las autoridades de todos los países europeos que se ofrecía a llevarse a comuneros, comunistas y otros lanzadores de bombas de petróleo hasta su lejano reino patagónico. Después de todo, eso mismo habían hecho los ingleses en Australia, cuyos primeros asentamientos estuvieron abarrotados de criminales y prostitutas. De inmediato, y con más tino, Orélie Antoine publicó en los diarios una “Carta de Amor dirigida a las Niñas Casaderas de Francia y del Extranjero”, cuyo objetivo era agenciarse una reina para su imperio de fantasía. La candidata debía ser, en sus propias palabras, “honesta, de familia respetable, de buen carácter, instruida, y bien bella”. Pero nadie se interesó.

Durante días, semanas, meses y años Orélie Antoine I soñó con su reino de más allá del mar. Quería recuperarlo a toda costa, de modo que en junio de 1874 volvió a las andadas, apareciéndose por Buenos Aires. Esta vez había tomado recaudos: viajaba de incógnito, bajo el nombre falso de Juan Prat. Se hizo llevar hasta el puerto sureño de Carmen de Patagones en el barco *Pampita* y a fin de pasar desapercibido se disfrazó de gaucho, inútilmente, porque fue reconocido por un militar argentino de nombre festivo, el coronel Julián Murga, que lo fletó para Buenos Aires. En la capital lo dejaron preso por unos días en la cárcel del Cabildo, con grilletes en los pies. Agotado y humillado, Orélie Antoine regresó a Francia en septiembre de 1874. Es curioso: aunque su monarquía entera cabía en un castillo de naipes igual las autoridades procuraban alejarlo de la Patagonia. A fin de cuentas y por la razón que sea, Orélie Antoine I fue unos de los escasos europeos en

interesarse por los indígenas sin malas intenciones, excepción hecha de su pretensión de gobernarlos. Los demás, chilenos o argentinos, solo querían quitarles su libertad y sus tierras.

## X

Exactamente un siglo después, en 1975, Juan Fresán se fue a vivir a Caracas, como tantos otros argentinos forzados o compelidos al exilio. En Argentina demasiada gente estaba afilando sus cuchillos para una interminable noche de San Bartolomé. Las latas de su película inconclusa quedaron empaquetadas en un depósito. Durante su estadía en Venezuela, Fresán trabajó, como de costumbre, en publicidad. Abrió una oficina con el nombre “Clínica Creativa del Dr. Fresán”. Entendía que sus clientes venían a él como si fueran a consultar al médico, en busca de diagnóstico y cura para sus productos. Se encargó del diseño de diarios y revistas, sobre todo del recién fundado *Diario de Caracas*, junto al escritor Tomás Eloy Martínez y al periodista Rodolfo Terragno, quien llegaría a ser jefe de gabinete del gobierno argentino veinticinco años después. Fresán regresó a Buenos Aires en 1979.

Sin embargo, volvería en 1984 a Caracas para disfrutar de su mayor triunfo publicitario, el diseño de la campaña presidencial que llevó a la presidencia de Venezuela a Jaime Lusinchi, un socialdemócrata y médico pediatra que alguna vez había sido estudiante de la Universidad de Buenos Aires. Según la legislación electoral la propaganda política solo podía principiar sesenta días antes de las elecciones. La veda era estricta. A Fresán se le ocurrió instalar gigantografías en autopistas y edificios altos. Sobre fondo blanco resaltaba el adverbio afirmativo SÍ. Miles y miles de personas inquirieron durante meses por el significado de la misteriosa afirmación, sin poder desentrañar el acer-

tijo. El día en que la veda fue levantada apareció la palabra completa: LuSínchi. Pero no puede decirse que Jaime Lu-sinchi haya sido un buen presidente para su país. Su gobierno acabó entre acusaciones de corrupción y el propio presidente perdió toda credibilidad cuando la población percibió que era un hombre sometido a los veleidosos caprichos de Blanca Alida Ibáñez Piña, su secretaria y amante. Ambos terminaron en el destierro.

## XI

Orélie Antoine viajó a Sudamérica por última vez en el año 1876, arribando a Buenos Aires a través de Montevideo. Su plan era llegar hasta la Patagonia pero solo consiguió acercarse hasta Azul, un pueblo bonaerense. El rey tuvo que regresar de urgencia a la capital, donde fue hospitalizado en calidad de “enfermo indigente”. Estaba mal, decaído, viejo, y encima los médicos no le dieron mucha esperanza. Meses más tarde embarcó para Francia. De allí en más se refugió en una corte de mentira, junto a aventureros que asumían cargos de ministros sin poder alguno y que inauguraban las sesiones de gobierno cantando el himno del imperio arauco-patagónico a voz en cuello. Siguió otorgando títulos de nobleza y vendiendo monedas acuñadas de un reino inexistente, de valor únicamente numismático, pues ni siquiera en su falsa corte eran aceptadas como medio de pago. Monedas de plata de 1 peso, monedas de cobre de 2 centavos. Hoy son curiosidades y valen más que en su época. También inventó un par de condecoraciones rimbombantes, la “Real Orden de la Estrella del Sur” y la “Gran Cruz de la Orden de la Corona de Acero”, que eran entregadas a ciertas personalidades. Uno de sus sucesores se la otorgó al general Dwight David Eisenhower, ex presidente norteamericano, y también al general Juan Domingo Perón, ex presidente argentino,

por entonces exiliado en Madrid. Nada menos que al general Perón. En su carta de respuesta, luego de expresar su beneplácito por el galardón otorgado, Perón incluyó estas palabras: “Lo interpreto como un gesto de nuestra América, brava y altanera, encarnada en una raza heroica”.

## XII

En 1986 se estrenó en los cines de Buenos Aires *La Película del Rey*, dirigida por Carlos Sorín, que así iniciaba una trayectoria cinematográfica que le traería reconocimiento por parte de la crítica. El guión era también suyo y de Jorge Goldemberg. Catorce años antes ambos habían estado junto a Fresán en Viedma, varados en medio de la nada y sin poder avanzar ni un fotograma más. Justamente, la película de Sorín cuenta el rodaje inconcluso de un director de cine obsesionado por filmar la historia del Rey de la Araucanía y la Patagonia. A Juan Fresán esto no le gustó nada de nada. Encima la película fue un éxito, auxiliada quizás por el anuncio realizado por el presidente Raúl Ricardo Alfonsín, en ese mismo año y por Cadena Nacional de Radio y Televisión, del así llamado “Proyecto Patagonia”, una de cuyas medidas mandaba trasladar la capital del país de Buenos Aires a Viedma. Al año siguiente el Congreso de la Nación votó la Ley número 23.512, quizás aún vigente, y Viedma fue declarada Capital Nacional de la República Argentina, aunque el traslado jamás se efectivizó y ya nadie habla de ello. En el entretiem po Fresán insistió con el cine: estrenó en Venezuela *Sherlock Holmes en Caracas*, un film que algunos calificaron de horrible. Fresán alegó que él se había propuesto hacer una película mala, si a nadie le había gustado era porque le había salido muy bien. El clímax de su carrera sucedió en 1991 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, durante la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América. Su

muestra se llamaba “Spanish Souvenir” y era un ácido homenaje a la madre patria. La cuestión es que las cosas le iban bien: vida profesional exitosa, reconocimiento en el gremio, tranquilidad económica. Pero su película era una herida sin cicatriz.

## XIII

La corte parisina de Orélie Antoine contaba con bandera propia y de vez en cuando se hacían reuniones de gabinete. Los ministros, incluyendo uno de Bellas Artes, firmaban las actas de gobierno en tanto el rey emitía proclamas y concedía audiencias. También daba conferencias para promover la causa. Pero era un reino de opereta, donde los gestos ceremoniosos disimulaban el doble fondo de los cortesanos, más parecidos a una runfla de esnobistas y prontuariados que a una partida de caballeros en pos de un ideal quijotesco. Eran *tutti quanti*: falsos nobles, ex presidiarios, un policía que había sido exonerado de la fuerza, estafadores, aprovechadores en general, y también acreedores, muchos, pues durante años y años el rey vivió a crédito. Después de todo, en ese retablo, él era el único creyente. Al fin, acosado por las deudas, Orélie Antoine buscó refugio en el pueblo de Tourtoirac, en la región de la Dordoña, donde se ganó el pan de cada día con el oficio de lamparero público. Todavía tuvo ánimos para escribir un libro más sobre su reino, al cual tituló “Araucanie”, pero ya estaba en las últimas. Por entonces envió una carta a los diarios en la cual decía: “Me encuentro sin un rincón de tierra donde retirarme, sin una choza para abrigarme y sin recursos”. Y fue allí, en ese pequeño pueblo, donde el rey Orélie Antoine I terminó sus días, solo y pobre, en el mes de septiembre del año 1878. Nadie fue al entierro y los gastos del sepelio corrieron por cuenta de las autoridades del lugar, a título de caridad municipal. Quince

días después de su muerte el gobierno argentino decidió que Viedma, una ciudad con orígenes maragatos, es decir cripto-bereberes, y en la cual Juan Fresán pasó infancia y adolescencia, fuera la capital de la Patagonia. Y por primera vez se envió un gobernador a esas regiones.

La historia de los sucesores de Orélie Antoine en el trono es errabunda y confusa, pero lo cierto es que la dinastía se continúa hasta nuestros días. El primer sucesor de Orélie Antoine I fue un supuesto sobrino del rey llamado Gustavo Laviarde, que adoptó el nombre de Aquiles I. Su reinado duró veinticuatro años. Fue un rey sedentario y obeso que nunca salió de Francia y que terminó sus días a modo de comensal a sueldo en restaurantes de moda. También los osos carolina se ven obligados a hacer sus gracias para poder sobrevivir. Murió en 1902. El tercero de la dinastía se llamó Antoine Hippolyte Cros, un hombre que años antes había sido médico personal del emperador Pedro II del Brasil y que de allí en más se hizo llamar Antoine II, pero su reinado duró poco, apenas veinte meses. Murió en 1904. Lo sucedió su hija, Laura Teresa I. Teóricamente ella reinó durante catorce años, hasta su muerte, sucedida en 1916, pero la verdad es que durante ese tiempo no pasó nada de nada. La corona pasó a su hijo, Jacques Antoine Bernard III, un hombre que terminó simpatizando con los nazis y que fue enviado a prisión al terminar la Segunda Guerra Mundial. Murió en la miseria, en 1951. Antes de irse, aparentemente traspasó -o vendió- el derecho dinástico a Philip Paul Alexandre Henry Boiry, actual rey de la Araucanía y la Patagonia, quien detenta el trono bajo el nombre de Philip I y que ya antes usufructuaba los títulos de Príncipe de la Tierra del Fuego y de Príncipe de Ushuaia. Aun más, Philip I dice ser descendiente del mismísimo emperador medieval Carlomagno. Nada destacable ha sucedido durante su reinado, salvando las periódicas reclamaciones de las tierras que le fueron negadas a su antecesor Orélie Antoine. Hubo, sí, en este tiempo,

un acto de afirmación guerrera por parte de la dinastía, el primero en ciento cincuenta años. La bandera del reino fue clavada en la playa de un islote inglés ubicado en el medio del Canal de la Mancha, cosa que se hizo para protestar, al mismo tiempo, contra la ocupación británica de las Falkland Islands y contra la pretensión argentina de reconquistar las Islas Malvinas, a las que Philip I llama, en francés, “Iles Malouines”, que era su nombre original.

## XIV

Durante un par de años Juan Fresán se instaló a vivir en Australia y en Nueva Zelanda. Esos lugares le gustaron. Sin embargo, regresó al país, quizás espoleado por la obsesión, que raramente se disuelve, a lo sumo hiberna, y él no había podido olvidarse de Orélie Antoine. En el 2004, cuando ya habían pasado treinta y tres años desde que se filmaran las primeras escenas de su película, allá en la Patagonia, Juan Fresán reinició la gesta cinematográfica debida al Rey. Una vez exhumados los rollos de celuloide de sus ataúdes circulares, había mucho por hacer: revisar, limpiar, seleccionar, montar, ponderar lo faltante. Él solo no podía. De modo que buscó compañía en una escuela de cine y la encontró en un estudiante de veinte años que nada sabía de Fresán ni había escuchado nunca hablar acerca de Orélie Antoine I. Trabajaron a lo largo de varios meses, filmaron más escenas, aprestaron el montaje, no faltaba mucho, pero una vez más hubo que suspender el rodaje. Juan Fresán fue encontrado en el piso de su departamento, muerto. Le habían fallado los pulmones. Ya nunca jamás culminaría la superproducción.

Lucas Turturro, el estudiante de cine, quedó en orfandad y en posesión de los viejos rollos de película. A Juan Fresán lo había conocido en su pequeño departamento repleto de objetos raros. Aquel día el hombre llevaba

puestas unas calzas negras y un saco grande y pesado, como un artista pop desfasado en el tiempo. Al lado del monoambiente había otro, exactamente igual pero vacío. Era el escenario donde se rodaría el resto de la película. El método de filmación era insólito: Fresán transmitía las instrucciones a los actores y los técnicos, entonaba la palabra “¡acción!”, y de inmediato daba vuelta la cara y se quedaba mirando para el otro lado. El final estaba ya decidido: un montaje alternado de tomas de un incendio, mientras Orélie Antoine, fuera de sí y con espada desenvainada, agitaba la bandera del reino, junto a tomas de Bambi, el dibujo animado de Walt Disney -creado, según se dice, en Argentina, durante una visita del Sr. Disney a la Patagonia-, gritando desesperadamente “mami, mami”. Pero ahora ese material que Lucas Turturro había visto por primera vez en una vieja moviola estaba al garete, como si estuviera condenado a errar. Tuvo que tomar una decisión: abandonar el empeño él también o heredar el trono. Decidió que el esfuerzo no quedaría estéril, que la obsesión sería redimida, y reunió pasado, presente y futuro en un documental sobre esa película imposible, *Un Rey para la Patagonia*, estrenándolo en el 2010, año del bicentenario de la República Argentina y a ciento cincuenta y dos años del desembarco de Su Majestad el Rey Orélie Antoine I en tierra americana.

## XV

Poco antes de morir, a Juan Fresán se le hizo un reportaje en el que justificó su interés por las aventuras y desventuras de Orélie Antoine I. Creía Juan Fresán que el Rey de la Araucanía y la Patagonia se merecía un lugar destacado en la historia argentina: “Porque en este país”, dijo Fresán, “la mentira es la verdad”.

# EL CRUZADO: IGNACIO BRAULIO ANZOÁTEGUI

“Ha llegado el momento de recordar al hombre que su ocupación sobre la tierra no es la de vivir la vida sino la de vivir la lucha. Y para luchar es necesario saber que el enemigo existe y que se llama el Diablo”.

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI

## I

**I**gnacio Braulio Anzoátegui fue poeta, activista intelectual, ensayista, juez, biógrafo burlón y aforista vitriólico, quizás en ese orden. Y fue, ante todo, un creyente que juzgaba a los hombres según la actitud demostrada ante la fe y las sagradas escrituras. La fe de siempre, porque el Dios sentimental erigido a imagen y semejanza del hombre moderno le parecía una paupérrima maqueta del verdadero. Quizás la Edad Media, época a la que defendió y ensalzó, fuera el tiempo en el que le hubiera gustado vivir, en tanto la imaginación y la disposición de Anzoátegui contienen a un cruzado. Su catolicismo era tradicional y tradicionalista, muy lejano, opuesto en verdad, de las renovaciones del dogma que el Concilio Vaticano II promovió en la década de 1960 y que fue objeto de su animadversión. Y ya en tren de rechazos, también le repelían Lutero, Calvino, Mahoma, el Sanedrín y Buda, e incluso Fray Bartolomé de las Casas, pues Anzoátegui no era hombre de medias tintas.

Nació en La Plata, pero su familia llevaba siglos afincada en la provincia de Salta, sede de una aristocracia

estancada en la época de las aduanas secas. Y si remontáramos las ramas del árbol más allá de América encontraríamos anzoáteguis en el país vasco. En un poema dedicado a la fundación de la ciudad de Salta se la enaltece como “aventura del catecismo y la espada, para gloria de una raza”. La raza era la hispana, y el catecismo, justificación y ennoblecimiento del filo de la espada. Diríase que su pluma asumía la forma de una cruz, o de una pica clavada, porque Anzoátegui fue autor belicoso que no temía recurrir a las zonas más peligrosas del arsenal de la lengua. Su modo de pensar era litigioso, como suele serlo el de los abogados, que también lo fue y por la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, donde alguna vez llegaría a ser profesor adjunto de derecho civil.

De su condición de hombre religioso enfático se desprende su preferencia por el nacionalismo católico y el revisionismo histórico, tanto como su hispanismo atrabiliario y su feroz antisemitismo. Un cristianismo que resulta ser, por momentos, antediluviano, de los tiempos de maricastaña. De no ser por su gusto por la paradoja y su conformidad con formas modernas del caudillaje, Anzoátegui hubiera merecido nacer mucho tiempo atrás, cuando las órdenes religiosas estaban en marcha, haciendo prosélitos y desembarcando la buena nueva. El apolillamiento del mensaje divino por obra y gracia de sacerdotes perezosos no le concernía, como tampoco era suya la batalla por remozar la misa, el lenguaje y el sermón de la Iglesia. “Peluqueros”: así estimaba a los obispos que habían sido amuchados en concilio por el Papa Juan XXIII, y a la clerecía “dialogante” anteponía la iglesia militante. La fe custodiada por Anzoátegui era la original, tan angustiada como entregada a la misericordia divina, que sabe que también el diablo dispone de un lugar asignado en la vida de la Creación.

En algunos pasajes y en algunos versos expuso una admiración casi panteísta por la Creación, a la cual imagi-

naba como un “complicado parque de diversiones”, idea coherente con el Dios refulgente y milagroso de la teología medieval y no con el severo Dios de los protestantes ni con el “Dios domador de circo” de los judíos. La guerra de Anzoátegui oponía bloques espirituales uno contra el otro, “el ruiseñor angélico contra el papagayo diabólico del paganismo”, y la Biblia era su vara de medida. La idea al uso de “choque de civilizaciones” ya estaba presente en sus escritos, entendiéndose que la civilización auténtica era la española y ninguna otra, convicción que no le restaba fervor a la hora de saludar, rememorar o defender a la Alemania nazi o la Italia fascista, supuestos muros de contención del ateísmo: “Es la guerra del hombre redimido contra el hombre desesperado, del sueño occidental contra la blasfemia oriental”. Lo dijo en enero de 1946 durante una conferencia dada en la Escuela de Mandos de la Falange Española. “Para equivocarse -decimos los antiliberales- es necesario equivocarse apasionadamente, porque la pasión es la única explicación del error”. No es seguro que el argumento le haya servido de excusa en su propio y magno juicio.

## II

Fue el “niño terrible” de la derecha argentina. Cáus-tico y caprichoso, aguerrido y sarcástico, tajante e ingenioso, intolerante e irreverente a la vez, se diría que redactaba con estoque y al ritmo del sonsonete. Su idea de la crítica no supone la disposición constructiva, muy por el contrario: “No respetar las ideas ajenas sino cuando coinciden con las propias” era uno de sus apotegmas, que no desentona con esta “florequilla espiritual” que le servía a modo de máxima: “Hoy mismo mandar a alguien al carajo”. Se comprenderá que un talante en el cual confluyen la

postura beligerante, el empleo de la paradoja y una buena dosis de desparpajo haya descollado en el arte de injuriar al enemigo. Una vez localizado el punto débil del adversario, Anzoátegui lo zahería con violentos retruécanos o lo ridiculizaba a partir de un detalle existencial, refutándolo con mordacidad y malicia. Y a veces pegaba en el clavo y otras veces era apenas ocurrente. El argumento de Anzoátegui es *ad hominem*, y por eso sus ideas acaban en exabrupto y viceversa. En tanto los retratados, más bien escrachados, eran enemigos de su fe, una pizca de injusticia premeditada interviene en el delineado de los prontuarios, que solían ser breves y concisos. Cada “gran hombre de la historia” que comparecía ante el tribunal de su mente estaba expuesto a escuchar un fallo antojadizo, fundado en prejuicios abismales o en la normativa bíblica. Da la impresión de ser un centinela de la cristiandad en estado de alerta incesante y predispuesto a desenvainar, quizás el florete, que es el arma que conviene a un estilista.

Se desempeñó en la magistratura entre 1937 y 1955, primero como secretario de juzgado, luego como asesor de menores e incapaces, y al fin como juez, en el fuero civil y en la Capital Federal. Había escrito que “la tolerancia no es equilibrio, sino haraganería humana” y no vacilaba en tomar partido, en el entendimiento de que únicamente su partido tenía razón, pues la Biblia no era para él una ficción sino la pura verdad revelada. Y a los de enfrente, o se los convierte o se los ahuyenta. El tono al que recurría era lírico si le concernía la salvación, combativo cuando terciaba defender a la cruz, burlón cuando hacía fintas en torno de sus contemporáneos, implacable al enjuiciar a los antagonistas de otros tiempos, bronco en general. Se justificó a sí mismo: “A los personajes históricos los tomo, sí, de la vida, pero al hacerlos míos, los hago ficticios”. No tanto, pues los títeres que decapitaba pendían sobre un tablado político: “El circo es el mundo inhabitable que habitamos, circo que los hijos de los payasos dirigen tranqui-

lamente a sueldo de los empresarios, olvidando que ellos son los hijos de los payasos”.

Aunque compartía con Gilbert Keith Chesterton la imaginación paradójica y con Friedrich Nietzsche el tono intempestivo, carecía del espíritu de bonhomía y ecuanimidad del primero así como desconocía el rango de problemas que abarajaba el filósofo alemán. El recurso a la coloquialidad criolla o los rejuntes fantásticos por los cuales maestras normales, inmigrantes italianos y gorriones pueden ser metidos en la misma bolsa a modo de descalificación transforma a sus ensayos en facetados ingeniosos y poco solemnes, pero sus temas son siempre los mismos, y a fin de cuentas, monótonos. Su panoplia también termina por hastiar: hombrías de bien, señoríos, valentías, hachas, espadas flamantes, guantes de hierro, varones entreverados, revuelos de cuchillos, charreteras, fustas, cargas a muerte, pistolas gatilladas, y sin exceptuar a los regimientos de ángeles lanzafuegos. Una vez escribió que “la rabia contenida es el odio irredento”. La fábula parece hablar de él mismo.

### III

“Sirvió para demostrar que se podía ser católico sin ser tonto”: eso es lo que Anzoátegui dijo de la revista *Criterio*, en la que colaboró hacia 1930 haciéndose de un nombre entre lectores de la prensa conservadora. Pero antes que la revista en sí misma, y como rescoldo de su gestación, existían desde 1922 los Cursos de Cultura Católica, que Anzoátegui rememoró al final de su vida como baluartes contra la “heredosífilis liberal y la chivatería masónica”, que pretendían dar forma a una *intelligentzia* católica a fin de suplir la ausencia de un partido político confesional, ambición siempre frustrada. La revista oficial de los cursos se llamaba *Ortodoxia*, pero por ese tiempo exis-

tían muchas otras publicaciones de esa índole, entre otras *La Fronda* -casi perenne- y *La Nueva República*, donde escribían los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, Ernesto Palacio y César Pico. Son nombres que se repetirán y entrecruzarán en la historia intelectual del conservadurismo argentino, y cada uno abrirá diversos cauces a la revisión de la historia nacional o incursionará, con suerte dispar, en política. Ignacio Anzoátegui se integró al nacionalismo católico, subespecie “hispanista”.

*Criterio* apareció el 8 de marzo de 1928 y se presentaba como una revista literaria y de ideas dedicada a restaurar “la disciplina cristiana en la vida individual y colectiva”. El director era Atilio Dell’Oro Maini, que alcanzaría el rango de “golpista”, y consecuentemente el de ministro, y en ella publicaron Francisco Bernárdez, Jorge Luis Borges y Manuel Gálvez. Pero en enero de 1930 una parte del grupo se escinde y funda *Número*, dirigida al comienzo por Julio Fingerit y luego por un triunvirato conformado por Osvaldo Dondo, Mario Mendioroz, más Anzoátegui. Era, naturalmente, una revista católica, quizás menos dogmática que *Criterio*. Se incluyeron ilustraciones de Héctor Basaldúa y de Norah Borges. La revista desapareció en diciembre de 1931, no sin antes dar a conocer esos obituarios descarnados que Anzoátegui recolectaría de inmediato en *Vidas de muertos*.

La generación de hombres argentinos que se dejó llevar por estos afluentes creía que el mundo del liberalismo estaba caduco y que amanecía un “nuevo orden”. No eran los únicos. La “mano fuerte” dejaba de ser un excéntrico requisito político de los latinoamericanos y Benito Mussolini, Adolf Hitler y Miguel Primo de Rivera ya se habían encaramado en lo más alto, y por las malas. A su vez, los intelectuales conservadores se remozaban y daban batalla en dos frentes, contra liberales y comunistas. Anzoátegui creía en “el mando ganado por derecho de mando y en la obligación de mandar que tienen los hombres

que saben mandar”, y también en la aristocracia, que sería “una virtud de la sangre que se transmite por la sangre o que se conquista por el sacrificio de la sangre”. En otras palabras, es un atributo de los pueblos -o de tiempos- guerreros. Luego del 6 de septiembre de 1930 buena parte de esos hombres ascendieron a la función pública junto al general José Félix Uriburu (“todo un señor”), aun cuando el pragmatismo posterior del general Agustín Pablo Justo decepcionara a los idealistas del golpe de estado. También Anzoátegui asumió funciones en el nuevo gobierno. Fue secretario de la presidencia del Consejo Nacional de Educación y también Subsecretario de Cultura de la Nación. Escribió: “Una revolución es un acto de cirugía política donde el bisturí es la espada y donde la decisión de facto de un cirujano audaz suple la indecisión de derecho de los críticos solemnes y enchisterados”. Y agregó: “Nada más antipatriótico que la legalidad en las situaciones de urgencia”.

Durante medio siglo Anzoátegui escribió en diversas publicaciones de la derecha conservadora, entre ellas *Sol y Luna*, a la que se integró en 1938. En esa revista, y en 1940, se publicó la siguiente y curiosa proclama, redactada por el propio Anzoátegui: “Acción Monárquica se propone instaurar en la Argentina la monarquía absoluta hereditaria. La monarquía no es el gobierno de un hombre imbécil que tiene un hijo imbécil; es el gobierno de un hombre digno que tiene un hijo digno. Acción Monárquica no pretende levantar un trono y llamar para ocuparlo al representante de una familia más o menos degenerada: pretende preparar el advenimiento de un dictador capaz de engendrar un hijo dictador”. La alcurnia debía importarle, pues todavía en 1962, y prologando una antología de Manuel Gálvez, enfatizó su pertenencia a la “aristocracia americana”, y esto para no mencionar las guirnardillas que aquí y acullá dedicó a la reyecía de tiempos idos. Aquel panfleto tenía un tono burlón, pues si verdaderamente pretendían un gobierno católico, monárquico y corporativo, a la usanza gallega, se tu-

vieron que conformar con Juan Domingo Perón. Es lo que había.

## IV

En 1976 redactó estos versos a modo de homenaje: “Mientras la oligarquía andaba a cuatro patas / pordio-seando una libra y empeñando el laurel / usted iba llenando los atrios de alpargatas / y enseñando a los hombres a cumplir su papel / por eso en su memoria yo me saco el sombrero y le llamo señor”. Es lo más parecido a un arrepentimiento tardío. Se refería a Don Hipólito Yrigoyen, a quien había contribuido a derrocar tres décadas antes.

## V

Los enemigos de Anzoátegui eran legión: los liberales, los masones, los franceses, el progresismo, los ingleses, los protestantes, el romanticismo, los judíos, el Concilio Vaticano, la época moderna en general, además de los homosexuales y los anticonceptivos, y no se excluyen los veraneantes pues, meditando los dilemas tardíos de la España franquista, escribió que “el turista es el agente de las enfermedades venéreas que minan el espíritu de una nación”. A cada cual le tocó jugar un papel villano y disoluto en su teatro de la historia ideal; de allí que los juicios históricos y geopolíticos de Anzoátegui parezcan gruñidos lanzados a contrapelo de los acontecimientos. O bien son los valedictos asestados a granel a modo de ensayo general del juicio final, o son los brulotes de un temperamento recalitrante que no soporta no poder superponer su ucronía política sobre la realidad de las cosas. De modo que cada época se corresponde con ascensos y caídas, y en cada una de ellas vivieron hombres de mando, santos, traidores y meros pánfilos.